

# El río y la oruga



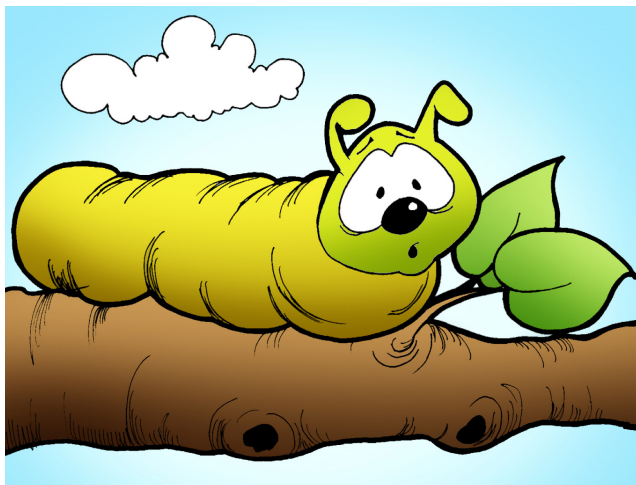
«Cómo quisiera poder volar por encima de aquellos árboles y como el ave de un lugar a otro poder tranquilo transportarme. Pero tengo límites, mis destrezas naturales.

Había una rama saliente y un río fluía con el viento, una oruga pasaba por allí avanzando a paso lento. Levantó su cuello peludo y observó un ave volando. Volaba muy alto y con gran destreza, con mucha soltura iba avanzando.

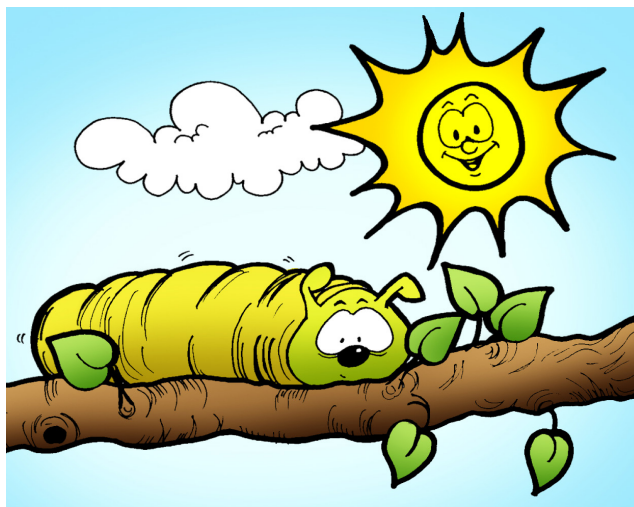


En medio de risas y muchas burlas escucho a los caminantes: “Mira cómo se arrastra a panzazos, ese gusano peludo... Qué bueno no ser como él, me siento bastante suertudo”».

Desanimado con su vida  
se detuvo a lamentar  
y de pronto de su interior  
se empezó a despellejar.



«¿Qué es esto?», se dijo  
sorprendido,  
«¿Más problemas y más dolor?  
Me está cubriendo algo  
pegajoso,  
no me puedo mover, qué  
pavor.»  
Y aunque no quería hacerlo,  
se detuvo a descansar



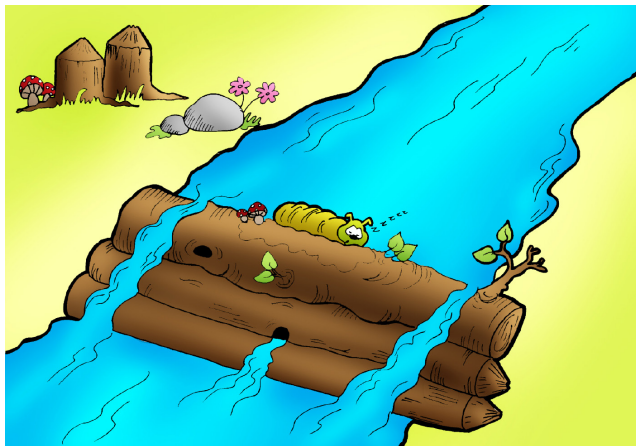
y dentro de su propio capullo  
se fue a dormir en su hogar.  
El río suspiró y pensó:  
«Lo tuyo es una tontera  
porque sé lo que serás,  
Ya te he visto bien entera.  
Pero mírame y te quedará  
claro  
lo que es la verdadera  
tristeza,  
porque los niños no juegan  
conmigo  
y eso me quita belleza.»

Entonces, desde la curva del río,  
un castor se dio un baño  
con ramas recién cortadas en la  
boca,  
las soltó y causó daño.  
El río se ensució: «Estas ramas  
molestan.

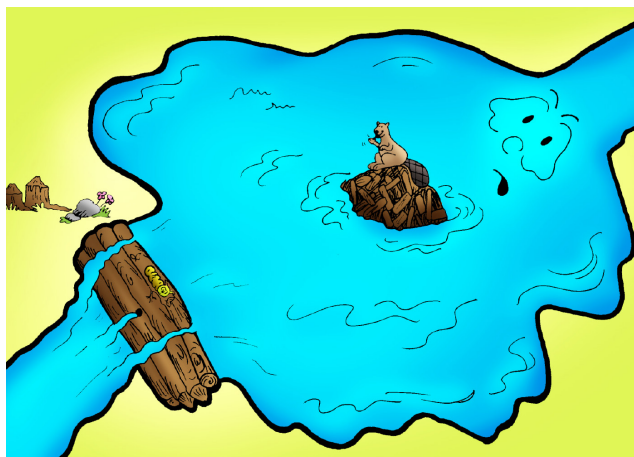
No puedo fluir como antes.  
Las voy a quitar en protesta,  
debo conservar la pureza.»

Pero el castor volvió a echar  
ramas,  
donde quería las colocó.





«Mi flujo se ha detenido  
y me estoy poniendo muy  
gordo,



Apiló todas las ramas  
y la riña así empezó.  
El río fluyó con toda su  
fuerza

para quitar todas las ramas,  
y los castores insistentes  
no dejaban de echar ramas.  
Por fin cuando llegó arriba,  
el castor tomó con soltura  
la rama que sostenía  
en su lugar a la oruga.  
El río se quejó con su  
rugido:

¡Me siento algo perdido!»  
En lo alto el sol sonreía  
sobre la presa de madera  
y calentó a la oruga durmiente  
por dentro de sus hilos  
sedosos.  
Pasaron los días, por fin  
despertó  
y un poco de luz la iluminó.  
Por el hueco debía pasar,

con toda su fuerza lo iba a  
lograr.

Ay qué dolor, el hueco era  
pequeño.

Casi no consiguió pasar.

Pero una vez fuera se dio  
cuenta

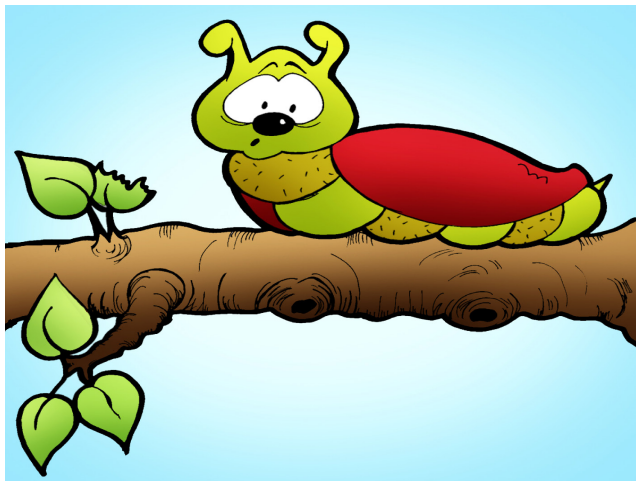
de algo que la iba a inspirar.

Porque notó que a sus costados  
se desplegaron dos hermosas  
formas

que nunca antes había visto,  
se habían formado en la  
oscuridad.





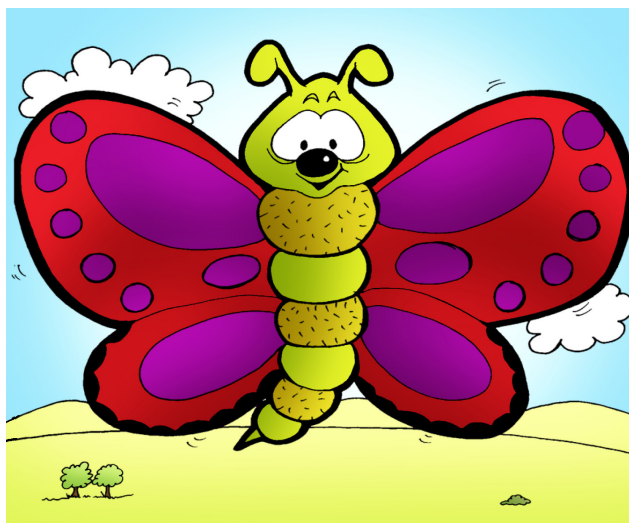


«¿Qué serán?», se preguntó.

Las agitó en la brisa y de pronto remontó vuelo a la altura de los árboles.



Las criaturas observaban sus alas, que brillaban resplandecientes, «Estoy volando», exclamó emocionada, y observó su entorno con asombro.



Y por debajo, en medio del río, vio una piscina rebosante en la que los niños estaban jugando,

y entendió que había aprendido



que los retos y los obstáculos, de los que tanto nos quejamos, pueden ser enviados por Dios como bendiciones eternas.